



## **manuel olimón nolasco**

**historiador**

### **RECUERDO DEL PADRE ESTEBAN MEDINA**

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Una vida sacerdotal fecunda, envuelta en discreción y paz, se extinguió en silencio el sábado 23 de julio de este 2016 más allá de su año número 87: el Padre Esteban Medina Vargas, miembro del presbiterio de la diócesis de Tepic, dedicado casi toda su vida a promover y acompañar el compromiso apostólico de los fieles laicos principalmente en la Acción Católica Mexicana y a la promoción de la seguridad social de los sacerdotes por siglos dejada "a la buena de Dios" y a la caridad espontánea de parientes o feligreses cercanos.

El Padre Medina no podía pasar desapercibido en los lugares a los que llegaba: su estatura nada común, su porte distinguido, su hablar pausado con palabras con exacto peso y medida lo singularizaba entre la multitud. Esa figura externa, sin embargo, en cierto modo ocultaba sus cualidades interiores, frutos de una espiritualidad recia bebida en fuentes ignacianas en el Seminario de Montezuma, serios estudios de sociología religiosa y reflexión continua sobre los documentos de la Iglesia y las líneas abiertas de la práctica pastoral en los nuevos tiempos que se concretaron después de la Segunda Guerra Mundial. Este perfil suyo lo acercó a las corrientes pastorales que surgieron felizmente sobre todo en ambientes de habla francesa en ese tiempo lleno de vitalidad y dio cauce a los caminos que llevaron a la comprensión y aplicación del Concilio Vaticano II, algo que en México fue "cuesta arriba". En la diócesis de Tepic, aunque no se le rechazó, tampoco se le entendió cabalmente y hubo que esperar la llegada como obispo en 1971 de don Adolfo Suárez Rivera para que se tomaran en cuenta sus puntos de vista que eran en realidad los de una Iglesia que había de abrirse al mundo que se transformaba y que presentaba retos a tradiciones centenarias.

En septiembre de 1973 tuvo lugar en Tepic una "Jornada de Reflexión y Planeación Pastoral" solicitada por monseñor Suárez y coordinada por el pastoralista francés padre Fernando Boulard, quien había sido perito en el Concilio y conocía como la palma de su mano América Latina. El padre Medina fue "la mano derecha" en esa jornada que marcó definitivamente el camino de la diócesis y--puede afirmarse--de la pastoral de conjunto en nuestra patria. A modo de recuerdo y homenaje vuelvo ahora los ojos a las líneas que quedaron escritas por el P. Esteban en esa ocasión a propósito del "panorama socioeconómico" en el que se sitúa toda labor eclesial, tarea no angelical sino encarnada en el concreto mundo humano. Todavía aprendemos de esas líneas: "[...] Algunos creen que basta vivir en un lugar para conocer sus problemas. No caen en la cuenta de que esta forma de 'conocer' está limitada por la propia condición sociocultural. Otros adoptan una actitud más seria y más científica. Buscan en la estadística la máxima objetividad para apreciar las carencias y los logros, los avances y los retrocesos; su preocupación es conservar el equilibrio en el juicio. Es la actitud del erudito, que pretende conocer, no transformar. Hay quien acuciado por su conciencia o por un sincero espíritu apostólico decide empeñar su esfuerzo en una acción por los desvalidos...No es improbable que, alarmado por la urgencia de las necesidades que se palpan, emprenda una gran acción encaminada a los efectos, descuidando las causas estructurales de los mismos. Puede caerse en un asistencialismo indefinido, intrascendente y ocasionalmente hasta contraproducente, a pesar de las exitosas apariencias...En el misterio de la Encarnación del Verbo podemos encontrar una fuente estupenda de inspiración...Para conocer nuestra condición el Verbo se encarnó, lo cual quiere decir no sólo que vivió en la tierra ni con los hombres, sino que *vivió la vida del pobre* 'para' salvarlo, para salvarnos". Esas palabras sabias del padre Medina resisten el tiempo e invitan a la reflexión constructiva.

El pequeño Esteban que jugaba con sus amigos en la plaza principal de Tepic en la década de 1930 unas veces al trompo, otras a las canicas o al balero; el seminarista estudioso en el "destierro" de las montañas de Nuevo México que vio pasar los primeros años de la posguerra, el sacerdote asistente de la Acción Católica y baluarte de la seguridad social sacerdotal, ha concluido su vida terrena. Su legado permanece más allá de la memoria de algunos. Está en los latidos del corazón de la Iglesia que peregrina en México. Que su acogida en la mansión celestial sea su verdadera recompensa.